

no se cansaba de sostener como él mismo la proclamaría en su Asamblea propia, con su gobierno moral, entre los jacobinos, á condición de que se purgasen las Tullerías del eterno elemento conspirador contra la patria y se diese á patriotas probados el mando y dirección de los ejércitos libertadores. Y si esto decía el mayor y más constante de sus contradictores sobre la guerra ¿qué no dirían cuantos buscaban en la guerra un provecho, ya fuese para su persona, ya fuese para su partido, ya fuese para su patria? La Reina se pagaba tanto de lo guerrero, que habiéndole dado el Congreso constituyente una casa militar y una casa civil, como en gerga de cortesanos suele decirse de los adscritos, armados y no armados, al servicio real, se curó muchísimo de organizar la guardia y no se cuidó nada de organizar la servidumbre. Así el pobre Barnave, cada día mas empeñado en el imposible de salvar á la Reina, decíale cómo revelaba de tal suerte y con tales procederes su carácter varonil, pues habiéndole, como al Aquiles de la fábula, ofrecido joyas y armas, para que optase por unas ú otras, desdeñara las joyas y asiera las armas. Con efecto, la Reina deseaba como nadie la guerra, pues, detestando cada día más el régimen parlamentario y la libertad moderna, sólo esperaba su ruina de la guerra, deseadisima por su ánimo con dos restricciones muy sabias; primera, que no comprometiese de ningún modo su vida y, segunda, que no fuese mandada por los aborrecibles emigrados. Igual que á la Reina le pasaba también á los constitucionales. Estos querían la guerra, pero una guerra limitada y restricta, una guerra colocada en el caso de combatir únicamente con los electores de Tréveris y otros, para que, acabada con prontitud y vencedora con gloria, volviese las armas contra los facciosos y proclamara el Rey constitucional. Pero quienes más la deseaban, entre todos, era el elemento emigrado y el clero católico. Uno y otro factor de reacción se acogía (para mover el retroceso y justificar sus ideas regresivas á lo pasado), de dos asideros, bien opuestos á la patria, queriendo en primer lugar que se volviesen sus feudos militares de Alsacia sin escrúpulo á los príncipes alemanes y luego su feudo teocrático de Avignón al Papa, con lo cual destruían el suelo patrio á tanta costa constituido por la revolución y llevaban al seno sacro suyo potestades avasalladoras y extranjeras. Los girondinos se reservaban en este concierto de voces armónicas la nota de lo alto y de lo épico. Para ellos el pueblo no estaba capacitado á ejercer la soberanía como no tuviese la fuerza; y no recababa la fuerza sino de un crecido armamento y de un triunfo popular en que brillara su derecho. Luego todo principio progresivo, por su fuerza natural de verdadera expansión, y su luminoso éther espiritual, tiende á irradiarse y extenderse, vivificando y esclareciendo todos los seres, y no era posible poner bajo un almud el fuego de la libertad para impedirle que vivificara é iluminase al mundo entero. Así la Francia revolucionaria estaba en el caso de perseguir á los reyes absolutos y fundar en torno suyo pueblos libres para que las instituciones análogas se mantuviesen unas á otras y se preparase la confederación europea. Brissot, director exclusivo de la formada en este tiempo, como re-

corriera una parte de América, y en sus respectivas universidades tratara los filósofos de Europa, imbuído en ideas humanitarias como el buen Anacarsis Clootz, que se creía desde París abogado y vocero de la humanidad, pugnaba por el derecho de todos los pueblos y creía imposible arrojar sus gérmenes, si no roturaba los necesarios surcos la espada de Francia, matando como un rayo fulminante y esclareciendo como un rayo luminoso. Así encargaba con empeño á sus amigos que mantuviesen el fuego sacro de la opinión guerrera y delatase todos los días desde sus respectivas tribunas el congreso compuesto de Reyes que se juntaban contra los pueblos. De aquí aquellos grandes y célebres discursos tanto de Gennsonée como de Vergniaud, delatando el conventículo de los déspotas contra la libertad y pidiendo el auxilio de todas las generaciones, no sólo de las muertas, de las por nacer, para sustentar y auxiliar á la generación que se sacrificaba por todas las edades y por todas las naciones en un holocausto inmortal. Mas Robespierre no quería oír de tal oído; para su capote Brissot era el estafador y el intrigante que desenmascarara Desmoullins en su maldito libelo, y así como redactó el célebre Memorial por la República presentado á París en los altares de la patria para matar la Constitución, precipitaba en este momento la guerra y la República, tan sólo para que la revolución parturienta en aquel minuto espantoso, tuviera que adelantar el parto, y destruir en un criminal aborto así la recién parida como á su malograda criatura.

Las condiciones de Robespierre consistían en la inercia principalmente; y si le impedían la posesión del gobierno, también lo excusaban de aquello que más en el gobierno dañaba, lo excusaban de la responsabilidad. Y como nunca puede contenerse todo el ideal puro en la realidad impurísima; como cueste un siglo reparar los males hechos por un solo día; como la eterna paciencia colectiva social no pueda compararse con las rápidas impacencias individuales; como quien dice revolución radical, no puede con la misma palabra decir metamorfosis completa; nada tan fácil á un espíritu seco, sin amistad y sin amor, como ejercer el severo juicio crítico y el análisis despiadado en un gobierno mantenido por los oradores, los cuales se hallaran en el caso de prometer mucho por su abundante palabra y no cumplir cosa ninguna por su esterilidad ministerial. Hecho Robespierre á considerar el programa republicano de Brissot como un maquiavelismo de reaccionario, impaciente por destruir la revolución; atribuyendo las maniobras de Brissot para destronar al monarca y sus peticiones para la deposición y el destronamiento de éste en el Campo de Marte, á una tortuosa vía encaminada con empeño hacia la dictadura de Lafayette; emperador, después de haber puesto á Brissot sobre la picota más visible del tiempo sobre un libelo de Camilo, en que había inutilizado Brissot á Barnave por quitarse competidores á la pública gobernación y abolido la esclavitud en Santo Domingo por favorecer la contrarrevolución en Francia con aquellos sacudimientos coloniales; no hay para qué decir cómo criticaría en este momento los ímpetus guerreros de Brissot y cómo

transmutaría su romanticismo heroico y su ideal cosmopolita en una manipulación florentina con el único fin y objeto de aniquilar los derechos de la nación y restituir á los Borbones sus despóticas facultades con su antiguo trono. En vano la Gironda se unía cada vez más con los descamisados; recibía en triunfo los presidiarios políticos castigados por haber un día servido la revolución, aun á costa de la disciplina, y contrastado el poder legítimo y el mando militar de Bouillé allí en la capitania general de Nancy; repartía picas flameantes y gorros colorados entre la muchedumbre francesa; disolvía la guardia real y sustituía la con el tropel de la milicia ciudadana; cuando propendían los girondinos al gobierno les llamaba reaccionarios, y cuando á la libertad propendían, les llamaba demagogos, resuelto á considerar mal todo cuanto pensasen ó hiciesen, siquier fueran la verdad y el bien más conducentes al triunfo del universal progreso. Bien es cierto que así como todo aquello que á la reacción sirve, lo atribuye el masón al jesuita, y todo aquello que sirve al progreso lo atribuye el jesuita al masón, entonces todo cuanto pasaba de malo en Francia para la monarquía, se imputaba por los realistas á los jacobinos, y todo cuanto de adverso á la libertad se imputaba por los jacobinos á la Gironda. Imaginaos después de haberle criticado de un modo tan acerbo el nombramiento de Narbonne, atribuyéndolo al deseo en Brissot de endiosar á Lafayette, como criticaría después que Narbonne saliera del ministerio de la Guerra, la entrada de Dumouriez en el ministerio de Estado. Ostentaba éste los dones todos de un soberano ingenio, y se distinguía por lo industriado en todas las ciencias y por lo ducho en todas las intrigas. Aunque había tratado á los primeros estadistas de su tiempo, urdido intrigas cortesananas de finura eximia, trabajado por Francia en las cortes del Norte y en las cortes del Mediodía, ilustrado su hoja de servicios con múltiples hechos heroicos, puesto su cuerpo como una criba de cicatrices honrosas, no logró hasta los cincuenta y seis años, que contaba el noventa y uno, abrirse paso á las eminencias del Estado y á las glorias del renombre. Con la reflexión reconocida en los hombres de sangre boreal, pues su padre provenía de los territorios fríos, y con la fluidez de los meridionales, pues su madre fuera provenzal; ni elocuencia, ni valor, ni don de gentes le valieron cosa, oyéndole muchos y estimándole pocos, no obstante sus facultades creadoras y la inagotable feracidad de su peregrino ingenio. Ni el atezo casi marino de su rostro moreno que le prestaba tanto aire militar; ni la color encarnada de su mal encubiertas heridas, estrellas conducentes al cielo de la honra; ni el esfuerzo de su brazo le valieron en la corte corrompida de Luis XV, á quien sirvió en la guerra con el oficio religioso de mártir, y en la política con el oficio vil de espía, cosa ninguna para granjearse lo que llamamos ahora en el habla usual y corriente una posición fenómeno extraño allí, donde parecían títulos de recomendación á la estima y á la medra oficiales, así el defecto de virtud como el afecto al vicio. Mujeriego, jugador, atrevido, inquieto, audaz, faltábanle toda creencia política, toda lealtad á sus compromisos, toda religión del deber, faltas que no podían

suplir su travesura y perfidia. Del tronco de donde brotaran los espadachines á la moda, los caballeros del puñal militantes, los nuevos condotieros, con tal de prosperar sus intereses y acrecentar su persona, lo mismo le daba servir á la revolución que á la reacción, estar con los jesuitas que con los masones, defender ó expugnar la Bastilla, encadenar que redimir á los pueblos, combatir junto á los poloneses contra Rusia que combatir junto á los rusos contra Polonia; inscribir su nombre glorioso en las actas de los jacobinos que en las actas de los constitucionales; favorecer á Madame Rolland ó favorecer á María Antonieta; mudar de ideas como mudaba de queridas, yéndose con toda causa que diese pasto á su actividad incansable y saludando como la estrella de su horóscopo y el signo providencial de su fortuna, cualquier ideal que le sirviese como la luminaria para guiar sus peligrosos ascensores á la guerra y al poder.

Estos caracteres dobles, como el carácter de Dumouriez, atraen mucho la curiosidad y merecen del historiador una grande atención. Pequeño de cuerpo, menudo de miembros, añinado de facciones, rico de nervios y poderoso de músculos; la cabeza esférica decía su genio y el fulgor de los ojos sus pasiones. Sabio en muchos conocimientos, esta sabiduría extensa y grande se compaginaba en él con la destreza y con la experiencia, profundo en el pensar y hábil en el proceder. Unas veces parecía de la franqueza del militar; otras veces de la simulación del diplomático. Así conspiraba siempre, y mentía cuando le interesaba mentir. Al Rey le aseguró que nunca faltaría en los girondinos la lealtad monárquica y les aseguró á los girondinos que nunca faltaría en el Rey la lealtad constitucional. Gentilhombre por su cuna se despeñaba en la plebe por su ambición. Carecía del órgano visual que ve los principios y con esta carencia de vista interior juntaba la carencia de aquella virtud que todo lo impulsa y remueve, la carencia de fe. Si al menos hubiera tenido sentimientos de honor, supliera la religión que faltaba en su conciencia con la religión de su pecho. Así, después de haber hablado en las Tullerías como un cortesano, hablaba en los jacobinos como un demagogo; después de arrastrarse á los pies de la Reina pidiéndole que le permitiese y le dejase salvarla, se arrojaba en brazos de Robespierre jurándole fidelidad inacabable á la revolución, después de haber silbado palabras de serpiente falaz en el Palacio, daba gritos de águila caudal en el club; después de haber sospesado la secular corona de Francia, se ceñía el gorro frigio; husmeando todos los cambios y poniéndose al paio para recoger, según su guisa y su grado, todos los vientos. Así quería reunirlos todos, conciliar entre sí á todos, y no caía en que todo lo traicionaba, y á todos traicionaba. Nadie ha probado como Dumouriez en la Historia que, talento, ingenio, valor, ciencia, destreza, diplomacia, genio militar de primer orden, aptitud para todos los grandes cargos, consumada destreza política, gusto, entendimiento, de nada sirven y nada importan ó valen, si no los acompaña la virtud y no se inspiran en los ideales que todo lo esclarecen cual todo lo vivifican, y no se ponen al servicio de la humanidad

en vez de ponerse á servicio del bien propio, y no defienden hasta el heroísmo y el martirio la verdad y el bien. Así como la estrella polar sirve para orientarnos en el Océano, los ideales fijos sirven para orientarnos en la política. El predominio de Dumouriez, del hombre de acción sobre el hombre de pensamiento lo arrastró al gobierno, sin que tomara en cuenta para cosa ninguna los obstáculos presentados por las creencias y por los creyentes, imaginando tan fácil ir desde una inteligencia cerrada por completo al ideal democrático, como la inteligencia de Luis XVI, hasta una inteligencia cerrada por completo al ideal monárquico, como la inteligencia de Robespierre, con la misma facilidad que iba del club al palacio. La falta de ideas vivas, la carencia de ideal conocido, la desconfianza del esfuerzo espiritual aquejan siempre á los que toman el mundo como un campo de batalla, el hogar como un cuartel ó como un campamento, la vida como un guerrero combate, y hasta en los procederés morales emplean algo de táctica ó estrategia, enamorados de la fuerza material y requiriendo á la continua el triunfo con razón ó sin razón, cueste lo que cueste y salga por donde saliere. Y nunca se necesitó tanto conocer las creencias y los afectos del hombre como en aquella crisis donde predominaba la fe viva y la pasión loca. Dumouriez ponía mucho empeño en vencer lo fácilmente vencible, la fuerza, y ponía poco empeño en vencer lo difícilmente vencible, la idea. Luego no se había enterado bien de que, tratando con Luis XVI, aunque Rey, no trataba con nadie, pues tras él aparecía la Reina, y tratando con el Ministro Rolland, no trataba con nadie, pues tras él aparecía Madama Rolland, ó sea, permitidme lo familiar del vocablo, la ministra. Y lo mismo una que otra se dirigían sus concepciones y en sus preferencias políticas, no por el órgano que piensa, la cabeza, por el órgano que siente, el corazón. Y ni María Antonieta, ni Madama Rolland, gustaron jamás de Dumouriez. Esta última le creía demasiado intrigante; aquélla lo juzgaba traidor. En su artificio estoicismo de imitación aprendido en Plutarco, Madama Rolland estimaba demasiado la virtud aparatosa para pagarse de un hombre que ostentaba sin reservas y sin hipocresía aparatoso el vicio; y la Reina profesaba demasiado culto al principio monárquico, de que se creía sacerdotisa, y á la sangre imperial, que la vivificara, hija de Césares, mujer y madre de reyes, para perdonarle á un militar de alta graduación y á un aristócrata de antigua cepa que se hubiera mezclado con la canalla y se hubiera hecho jacobino. Contad vuestros soldados, las armas que llevan, la disciplina que tienen, sus aptitudes para el combate, las probabilidades de triunfo contenidas en su valor dirigido por un héroe, agrupadlos, unidlos, sometedlos, y cuando más descuidados estéis, se presentará una pasión á desconcertar todos vuestros cálculos ó á frustrar todas vuestras victorias una idea. Dumouriez, hombre de mérito sumo; con inteligencia rayana en genio; con palabra tan abundante cuando discutía, como concisa cuando mandaba; instruido así en los secretos de la táctica como en los secretos de la diplomacia; tan hábil para trazar un plan de guerra como para trazar un plan de política,

nada creyente del ideal, nada sujeto á sus compromisos; siervo de todas las ambiciones y alejado de todas las creencias; en cuanto vió las puertas del poder francas á su paso, entróse de rondón en él, sin mirar quién lo llamaba y con quién iba, creyendo tenerlo todo con tener en una mano el gobierno, en otra el ejército, y sin tener en realidad nada.

Madama Rolland lo combatió á muerte desde la segunda conferencia que con él tuvo. Aunque la seducción de una gracia genial en su persona le atraía muchos amigos, la estoica no se dejó seducir por el general, entreviendo en sus gestos y en sus palabras ufánias de otras victorias sobre las mujeres más fáciles que las victorias políticas. No le daba el naípe á la captadora de almas, á la presidente del cenáculo girondino, por los militares; quería ella formar almas de ciudadanos; los cuales fuesen libres y no fuesen guerreras. Dumouriez, aunque se le aparecía con el gorro frigio que se le pusiera sin escrúpulo ante los jacobinos en la cabeza, también se le aparecía con la copa de champagne al puño, la espada en el cinto al lado, la querida en los brazos, urdiendo cábalas diplomáticas después de emborracharse y estragarse á la continua en escandalosas orgías. Parecíase mucho Madama Rolland á Robespierre en esto del culto á la virtud, y como dominaba en todo á su marido por la superioridad tanto del carácter como del genio, llamábase generalmente por antonomasia virtuoso el nuevo ministro. No le reían poco este calificativo en la prensa periódica sus implacables enemigos. El célebre Hebert, á quien jamás detuvo ningún respeto, ni divino, ni humano, burlábase de la virtud rolladesca en los siguientes implacables términos: «Describamos una comida del Ministerio, donde los virtuosos Rollands desquítanse bien de sus pretéritos ayunos y forzosas cuaresmas. Una media docena de verdaderos descamisados llegan al punto de ponerse á la mesa el virtuoso matrimonio.—¿Qué buscáis?—Les pregunta un suizo deteniéndoles á la puerta.—Buscamos al virtuoso Rolland. El quid aquí está en ser virtuoso, añade un portero bien comido y bien rapado, que bosteza y dormita, esperezándose con brazos y piernas. Nuestros descamisados enfilan el corredor, llegan á la puerta del apartamento reservado, después de haberse abierto paso con dificultad suma entre la servil servidumbre, compuesta de innumerables ayudadores domésticos. Veinte cocineros, encargados de las más sabrosas frituras, gritan á voz en cuello: cuidado, que van los aperitivos del virtuoso Rolland; cuidado, que van los entremeses del virtuoso Rolland; atended á los asados del virtuoso Rolland; ved los postres del virtuoso Rolland. ¿Qué deseáis? Pregunta de nuevo el ayuda de cámara, virtuoso también, al grupo de los descamisados. Deseamos hablar al virtuoso Rolland. El ayuda de cámara comunica el deseo de los descamisados al virtuoso ministro. Y éste llega mascando; la boca llenísima, la servilleta en el brazo; imposibilitado casi de hablar, por lo mucho que tragaba. En cuanto los ve, conduce sus descamisados al gabinete, no sin pasarlos por el comedor, donde hay sentados treinta pica-platos. A la derecha del virtuoso Rolland se asentaba el célebre Bassatier; á la izquierda el inolvidable acusador ante los